



El gran mentidero

¡Qué ganas, Dios mío, de encontrarme de nuevo en el fecundo recogimiento de mi celda de Salamanca! Y no digo «sosegado», porque verdadero sosiego tampoco lo he gustado allí. Ni ya en parte alguna. ¡Pero en esta Villa y Cortes... La de la Corte, la del Parlamento, la de los mentideros... Todo Madrid no es apenas más que un mentidero, el gran mentidero de España. Y ahora parece atacado de histerismo, acaso de epilepsia.

Ayer tarde volví a hablar en el Ateneo para historiar mi visita a Palacio, para contar cómo fui llamado a él y cómo a él acudí como personero de los agravios públicos contra un régimen de despotismo. El público, maleado en mucha parte por la picarería de los políticos de oficio, no iba a enterarse de lo que yo dijera, sino de lo que yo callara, de lo que suponían que habría yo de callar. Este público está tan poco acostumbrado como el rey mismo a ver a un hombre de pie y que dice toda la verdad sin sobreentender ni subentender nada. El público del gran mentidero no es fácil que se entere desde luego de la verdad sencilla. La sencillez se le aparece como un velo. Y menos mal que luego recapacita y reflexiona y reacciona, y a las veces acaba por comprender.

He llegado a la conclusión de que un cuerdo entre locos puede aparecer como un loco entre cucos. Creen que es cuquera lo que no es más que locura y creen que es locura lo que es cordura. «Hablar lenguaje de razón a sentimentales!...» Así me decía un amigo. Pero estos histéricos de revolucionarismo sin contenido no son sentimentales.

¡Revolución... revolución!... Sin duda; se está haciendo; la estamos haciendo, unos sin querer y otros queriéndolo. Y yo, tanto como el que más, más que el que más en España. Pero hay un público de cine y de mentidero y de plaza de Toros, el que va en busca de «hule», que aspiraba a verme avanzar a la suerte suprema entre aplausos del tendido, pero solo. Para hacerme luego un entierro — de muerte pública y civil, se entiende — de primera.

La serpiente no se desprende de la piel vieja, les decía ayer, mientras no tiene bien formada y resistente la nueva piel por debajo de la vieja, ni la costra de una herida cae hasta que la herida no está cicatrizada. Y si cae antes se forma otra costra, peor que la caída. A que se forme la nueva piel, a que se cicatrice la herida, debemos tender todos.

¿Cuánto tardará en caerse la piel vieja? ¡Quién lo sabe!... Pero creemos que poco, muy poco tiempo. Porque se están cayendo ya y a pedazos. Y aparece bajo los jirones no una piel nueva, sino la carne al desnudo, el cuerpo de la nación desollado. Porque no es el Reino, no, lo que se deshace y despedaza; lo que se deshace y despedaza es la Nación, es el Estado. ¿Y qué le sustituye?

Que el Reino se deshaga y despedace es un bien; que la vieja piel se desgarré en harapos es un bien, ya que está podrida y amenaza gangrenar al cuerpo. Porque lo peor de este régimen de despotismo es que es un régimen de negocios. El despotismo, execrable como es, puede ser algo fuerte, una camisa de fuerza para un loco; pero el régimen de negocios es una faja de podredumbre.

Parece que recientemente se ha marcado una cierta orientación liberal, pero... ¡Y tan pero! La superstición del negocio sigue. Se le llama a consulta a un hom-

bre de pluma, a un escritor, y no ya sólo a caciques políticos o a espadones; pero el que realmente gobierna es el negociante, es el financiero, es el agiotista. Nada se admira más que el arte de hacerse rico en poco tiempo, y sea como fuere. «¿Cuánto tiene? - Quiero conocerle; que venga, que venga.» ¡Los negocios, oh, los negocios!

Y esto en toda esta Europa convulsiónada. Se comprende el sentimiento que ha invadido a ciertos corazones con la tragedia del último Kaiser del Imperio Austro-Húngaro. Morir destronado... ¡pase! ¡Pero tronado! Es realmente pavoroso y va a ser cosa de que los reyes que aun quedan formen un sindicato, una cooperativa o mejor una sociedad de seguros mutuos. ¡Una nueva Santa Alianza, pero financiera y no militar! ¡Tales tiempos corren!...

Y esa fiebre de grandes y pequeños e ínfimos negocios invade a todos. Los de ese público de plaza de Toros que esperaba verme lidiar la última suerte y husmeaba «hule»; los de ese público no se cuidan sino de sus pequeños, de sus ínfimos negocios. Vocean revolución en público y pordiosean «enchufes» en privado. ¡Y como yo no puedo dárles más que un espectáculo!... Porque más allá del espectáculo ni ven ni sienten nada.

¿Y ahora? Ahora adelante, en el mismo camino, y que mormojee sandeces el mentidero.

Miguel de UNAMUNO.

